

## **CIERRE DE JORNADAS DE PEDIATRIA ORGANIZADAS POR EL HOSPITAL DE NIÑOS VICTOR J. VILELA DE ROSARIO A CARGO DE RUBEN NARANJO**

**Viernes 25-4-2003**

Deseo agradecer muy profundamente a las autoridades del Hospital Vilela la invitación que por medio de mi amiga Alicia me llegó en su momento, para estar con ustedes hoy.

En su momento me sorprendió la invitación, porque no es habitual que en un medio como el que ustedes representan se abra la posibilidad de este diálogo, para mí por lo menos, por cuanto los intereses no pasan ya puramente por el campo científico, sino también por el campo social. Y desde ese punto de vista es la primera vez que tengo una invitación de esta naturaleza. Me pareció importante dialogar con ustedes porque son muchos los puntos de contacto que tenemos en cuanto el tratamiento de riesgo en los chicos.

Esta temática de “el niño en riesgo” que nos convoca ha estado presente en mi vida desde hace mucho tiempo, o sea, he tenido mucha preocupación por el tema en distintos momentos. Pero más allá de esas preocupaciones que siempre son válidas -preocuparse por el destino de otras personas, más allá de ellas-, en algún momento se me dio la circunstancia de poder trabajar en instituciones donde la temática del riesgo es la fundamental razón de existencia de las mismas. Mis preocupaciones se convirtieron en ocupaciones. Hace ya diez años trabajo con chicos de la calle. Tengo a mi cargo un taller de dibujo, en una institución laica, C.H.I.C.O.S., que tiene una casa a pocas cuadras de aquí. También desde hace años integro el Foro Memoria y Sociedad con personas muy conocidas en Rosario. Investigamos el tema específico de la violencia policial ejercida sobre los sectores marginados. Sus acciones se conocen como “gatillo fácil”. Muchas son las víctimas que registramos, y denunciemos los comportamientos policiales y las responsabilidades políticas que surgen invariablemente. Desde el espacio de víctimas del gatillo fácil y desde el espacio chicos de la calle, me permito establecer este diálogo con ustedes, más allá de situaciones generales a las que vamos a hacer referencia.

Pero los temas específicos que deseo tratar son: chicos de la calle y violencia policial. El tema del riesgo, que aparece en la convocatoria, sé en qué consiste, aunque por otros motivos muy distintos a los que ustedes conocen. Hay una gran cantidad de víctimas fatales entre menores de edad, que enfrentan destinos dramáticos, a veces producidas por la intolerancia de quienes están en contacto con los sectores marginales, otras veces por el propio sentido de destrucción que se da en la sociedad, que va modificando la composición familiar. Ello produce ciertos comportamientos distintos a los que conocimos en épocas en que la sociedad tenía pautas más entendibles y más razonables.

Cuando nos referimos al tema de hoy, el niño en riesgo, pienso que estamos haciendo una especie de reducción lingüística, porque el término niño en riesgo, nos puede hacer suponer que nos estamos refiriendo a las situaciones contingentes que pueden afectar a un niño. Ciertos niveles de problemas

físicos que pueden soportar. Y ahí quedamos siempre cuando hablamos de riesgo. Y lo que entiendo, y todos entendemos, lógicamente, si no que no lo decimos, por este problema de reducción lingüística en el que caemos, es que el término correcto es “niñez en riesgo de vida”.

Nos preocupan los golpes traumáticos, las heridas, las lesiones que puedan recibir. Ante ellos podemos y debemos reaccionar, pero el término correcto, lo que debemos entender es que existe un riesgo vida. Es el riesgo de no poder vivir, porque hay circunstancias que no permiten asegurar la vida.

Todo alumbramiento supone un riesgo. Indudablemente desde la ciencia se ha avanzado tanto, que actualmente hay posibilidades menores de que en el primer momento de vida pueda ocurrir una situación trágica. Más allá de que Janusz Korczak, el maestro polaco inmolado en Treblinka, decía que lo trágico era nacer, no morir. La muerte es simple, vivir es difícil y lo dramático es nacer. Y conocía muy bien la temática.

Hay riesgo en el parto para los seres humanos. Todas las madres corren los mismos riesgos, pero a partir del alumbramiento, se bifurcan los caminos y los riesgos son muy distintos. No es lo mismo nacer en una casilla de lata con piso de tierra, estar instalado en ese espacio, y afrontar la vida desde ese lugar, que tener otras condiciones. De ninguna manera estoy estableciendo juicio de valor acerca de las condiciones habitacionales. Digo que la precariedad de las condiciones físicas crean situaciones muy difíciles para quienes tienen que crecer en ese medio. Entonces, a veces nos sentimos muy impotentes por no poder solucionar problemas, porque la magnitud de las circunstancias sociales son tales que afectan lo biológico directamente. Y la intercomunicación entre lo social y lo biológico se resuelve en la sociedad con beneficio para las personas con disponibilidades materiales, normales. Ayer, el profesor Lupori, aquí mismo hacía referencia a que la falta de apoyo en la asistencia médica debida producía efectos que son gravísimos a la sociedad.

Porque son las cosas que pasan. Quienes nacen, se instalan y comienzan a vivir en el barro, en las peores condiciones de alimentación y sin afectos, quedan sometidos a condiciones de riesgo gravísimas y muchas de ellas derivan en la muerte de las criaturas, ya niño, ya adolescente. El riesgo de vivir, que no siempre la sociedad puede o quiere evitar, suele habilitar derroteros que llevan a la muerte.

Yo no comento estadísticas, pero todos sabemos cuántos chicos se pierden, porque las condiciones sociales han producido profundas transformaciones en la estructura biológica; los chicos mueren sin atención médica, sin poder enfrentar desnutriciones profundas.

Por eso, les decía a ustedes, que en algún momento mis preocupaciones me llevaron a mirar, a observar, a intentar conocer qué pasaba en el medio social. Se transformaron con el tiempo en una deliberada dedicación a estar con ese mundo de víctimas, niños y adolescentes, básicamente. Pude, porque el destino lo permitió, porque circunstancias favorables lo determinaron, dedicar una parte importante de mi tiempo, a ocuparme de chicos abandonados o maltratados. O sea, convertí la preocupación por ellos en una ocupación. Es decir, darle sentido a la preocupación pues entendí que debía plantearme seriamente si esa preocupación podía quedar ahí, en ese punto, o si cabía la posibilidad de hacer algo más, de ocuparme por.

Tuve esa oportunidad invitado por la Asociación Chicos, para trabajar con ellos, y expreso que me he enriquecido enormemente, que he aprendido infinitas situaciones que desconocía, y que justifica totalmente que pueda hoy hablar con ustedes, porque lo hago desde ese conocimiento directo, estos largos años de estar con los chicos de la calle y con las víctimas del gatillo fácil.

Todos nosotros vemos chicos en la calle. Son fácilmente identificables. Por la vestimenta, por el calzado, por su forma de caminar, por su forma de mirar y no mirar. Los chicos que están en la calle generalmente no miran más que al piso. Caminan lentamente, muy próximos a las paredes, no caminan aceleradamente, suelen ir solos, uno o dos chicos, tres eventualmente. Son seres solitarios. No hay pandillas de chicos de la calle. Pero los vemos dando vueltas por la ciudad. Nos preguntamos ¿de dónde vienen? ¿Qué hacían unas horas antes estos chicos que estamos viendo ahora, que vemos abrir las puertas de los taxis, lavando vidrios? ¿Qué hacían antes de verlos? ¿Antes de nuestro encuentro con ellos? ¿Qué hacían antes? ¿De dónde vienen? Aprendí que vienen todos de historias muy dolorosas. Que vienen de situaciones trágicas, que vienen de hogares destruidos, que vienen de familias que han perdido toda capacidad de contención, que provienen de familias golpeadoras, muchos de ellos, que no tienen afectos, que la soledad los envuelve, que llevan dolorosos recuerdos, que se ven ellos en una situación que ellos no pueden superar y que lo muestran. Y que lamentablemente la sociedad no ve. Los chicos andan.

Ustedes trabajan en hospitales públicos, entonces saben perfectamente cómo llegan tantas criaturas a los hospitales. Más allá de los problemas de desnutrición, todas las situaciones inherentes a las patologías habituales.

Son chicos que no han logrado que sus grupos familiares los contengan afectivamente. Y como generalmente son muy maltratados, finalmente se van. ¿Adónde se van? Se van a la calle. La calle es el lugar de mayor indefensión para una criatura. Ningún lugar es más peligroso que la calle. Aún mucho más peligroso que la casa que abandonaron. La calle es el lugar del espanto; los peligros que un chico tiene que enfrentar en la calle son infinitos. ¿Cómo se los enfrenta a los seis años?

Le preguntaba a un chico, con el cual tengo relación hace muchos años, que me contase cómo había llegado a la calle. Me decía que cuando tenía nueve años en su casa era sometido a severos castigos por cualquier circunstancia. Por eso, se iba a la mañana y volvía a la noche. Estaba vagando por ahí. “Pero una noche tomé un colectivo y me quedé dormido y el conductor me dejó. Y no sé cuántas vueltas di. Di muchas vueltas. Cuando me desperté era de día y me dije: pasé la noche fuera de mi casa y no me golpearon. Aquí me puedo quedar”. Este chico hace diez años que está en la calle.

¿Nunca más volviste? le pregunté.

“Sí, un tiempo, quería ver algunas cosas”, me dijo.

¿Pero no habrás dormido en los colectivos siempre?

“No, en casas abandonadas, en galpones del río, en la Plaza Pinasco, en donde después de las doce de la noche nos encontramos con otros, que es bastante importante.”

Tenía nueve años y eligió esa forma de vivir. A raíz de quedarse dormido en el colectivo, se quedó en la calle.

¿Qué les ofrece la calle? Les da rencillas entre ellos, a veces muy severas, a veces graves. Les voy a decir que los chicos generalmente gozan de buena salud, pero están propensos a todo tipo de golpes y de heridas cortantes. Un día estando con ellos vi un revuelo. Uno de ellos se levantó la remera y me mostró un tajo de lado a lado del vientre. Quedé azorado. ¿Qué es esto? -“No es nada. Es por arriba nomás, me lo hicieron con una trincheta”. Le dije: andá al médico. “No, si voy al hospital me meten preso -me contestó. Me arreglo solo”.

No sé si después se arregló solo o fue a un hospital, pero esas son las cosas de ellos. Esa es la calle. Es ese lugar que ellos eligen en lugar de su casa donde pasa esto, y pasa mucho más que esto. Pasa la droga. La mayoría de esos chicos se drogan, con pegamento y drogas livianas, las que pueden comprar. Hay quien se las vende. Los pegamentos clásicos les producen efectos devastadores. Los chicos se drogan desde los cinco, seis, siete años, acá en Rosario. A los doce están liquidados neurológicamente. El pegamento les destruye la corteza cerebral. No tienen retorno. Es muy difícil mantener con ellos una conversación porque no tienen capacidad de respuesta. Y esto hace daño, un daño que resulta imposible de ser sostenido. Dos situaciones que se unen en una sola: la prostitución y el sida. Eso también es la calle. Ellos están. La prostitución impulsada por los adultos, utilizada por los adultos muchas veces, se da entre ellos. El sida los marca, no a todos, pero los marca. Una vez en el taller que tengo con ellos, uno había dibujado el escudo de un cuadro de fútbol. Lo dibujó a toda la página. Le dije: -Sos muy fanático. “Sí, porque a este club lo llevo en la sangre como al sida”. Tenía 14 años. No tenía sida. Pero sabía perfectamente lo que estaba diciendo. Estaba diciendo lo llevo en mí y en mi sangre corre el sida. ¿Y qué sabés del sida? -Muy poco, muy poco. Estos son chicos que se van de su casa a temprana edad, no van a la escuela. La mayoría son analfabetos. Si no los contiene la casa, la familia, menos los puede contener la escuela.

Le pregunté a L., que estaba contento porque iba a la escuela: -¿Volviste a tu casa? Me dijo: -“No”. ¿Qué hacés con el cuaderno?, le pregunté. “¡Ah!, me respondió, en la plaza Alberdi hay un árbol grande, grande, que tiene un agujero y allí los guardo. Después, al día siguiente, voy a la escuela”. Asistió poco tiempo.

No se puede sostener la escuela desde la calle. Es imposible. Algunos han cursado grados iniciales, muy pocos. Ya ubicándonos en esta posibilidad de trabajar con ellos, en escolaridad no sistemática, en la Casa tenemos un aula radial. Hay una maestra de escuela primaria oficial que les da clases a la tarde y hay voluntarios, que ayudan.

Existen realidades. Podemos plantearles las ventajas de la escolaridad a estos chicos, por lo menos alcanzar niveles de alfabetización. Son pocos quienes aceptan pese a que se les prepara programas especiales sin extremas obligaciones. Algunos chicos sorprenden por sus adelantos. Después vuelven a la calle, reitero la calle es el peligro máximo, es las peleas entre ellos, la droga, el sida, el delito, la prostitución, y el flagelo mayor: la policía.

Inenarrables los desmanes de la policía con los chicos de la calle. Golpes, robos... El paroxismo de lo que es la absoluta falta de respeto a los seres humanos sometiendo a trato degradante a menores de edad. Los chicos que andan de noche cuenta cómo los paran en la calle y les vacían los bolsillos.

Estoy hablando de Rosario hoy, no estoy contando la historia de otro momento y de otro espacio. Es Rosario hoy.

La calle ofrece todo esto. En lugar de la casa acogedora y de amigos, estas situaciones que les relato.

Los chicos delinquen, roban, se drogan. ¿Por qué lo hacen?

El delito es un abismo, no tiene salida. Sin embargo, muchos, no todos, caen en él. Y es sumamente peligroso, en las condiciones de ellos, que no tienen ninguna referencia personal ni social que los contenga. No sabemos a cuáles de los chicos que están trabajando con nosotros no los vemos porque están presos, hasta que otro chico nos cuenta que a P. o a M. lo llevaron anoche o hace dos días... o más.

Como es un grupo social que no tiene ningún tipo de valor para el Estado, nunca podemos saber cuántos chicos hay en la calle, nunca podremos saber qué pasa con ellos, nunca podremos saber exactamente cuántos están detenidos, nunca tenemos información fidedigna, salvo el caso de alguna ONG que puede tener posibilidad de reunir información parcial.

Nunca sabremos sus historias de abandonos y frustraciones, pero sí sabemos que están, y sabemos con limitaciones qué pasa con ellos en un hoy lleno de incertidumbres.

La policía merece un párrafo aparte. Les quiero explicar un poco más, porque no se ve, generalmente por lo que les contaba antes, por las características de estos chicos, que andan solos, no están en pandilla, andan a cualquier hora, están dispersos en la ciudad, no están concentrados en el centro de Rosario. Viven, dan vueltas por las calles. Estos chicos sufren una verdadera persecución policial e inclusive algunos de ellos son víctimas funcionales a las necesidades que tiene la policía de mostrar su eficacia.

A estos chicos se les pueden atribuir delitos, aunque ni siquiera hayan estado cerca de un hecho, porque generalmente no tienen referentes familiares ni sociales. Hace dos años aquí en Rosario, en abril del 2001, hubo un asalto en una playa de estacionamiento. Un empleado avisó a la policía y apareció un comando. Vio un chico que empezó a correr. Le dieron 15 balazos en la espalda. El chico tenía 16 años. El playero dijo que ese no era el chico que lo había asaltado. Hubo una acusación y porque vieron a un chico correr, fue suficiente para que el comando lo fusilase.

Lo relato porque es patético el comportamiento policial.

No hubo investigaciones que avanzasen más allá de averiguaciones administrativas en la policía. Pero este chico quedó tendido en la calle.

No es el único, son muchos. Desde el año 1983 hasta el 2001, es decir, en período constitucional, registramos en el Foro Memoria y Sociedad en la provincia de Santa Fe, 185 víctimas de gatillo fácil, de las cuales 28 son menores de edad. Casi no hay policías condenados, porque las víctimas componen un universo acotado de la sociedad que no merece mayor atención. Chicos de la calle, víctimas del gatillo fácil, están ubicados con toda precisión en el espacio de la marginación. Hay una geografía del riesgo donde esos chicos están inmersos. Y no es el riesgo hacia un vuelco en su propia sombra. Es el riesgo que llevan impreso como un estigma en la frente, es una especie de huella digital del oprobio. Si naciste en una villa, si ahí creciste, si de ahí te escapaste, te fuiste a la calle..., esto está cerrado. No le interesa a nadie.

Por eso, entendemos que aquí hay una instancia donde nos resulta valioso este tema de conversación. Pasa por el concepto del respeto.

No obstante lo que les cuento de estos niños y adolescentes, y la distante mirada que sobre ellos se posa, hay un punto que es de enorme importancia en el presente, y es la capacidad de respetarlos como son. Estos chicos que no conocemos por el momento, que no sabemos cómo sobreviven, pero que sí sabemos que la calle les da la droga como posibilidad, el delito como otra posibilidad, merecen ser respetados.

Imposible tratar esta temática sin apelar a Janusz Korczak. Fue médico y tuvo una formación específica muy importante en Varsovia, París, Berlín, Londres. Hizo psiquiatría infantil y dedicó toda su vida a los chicos marginados de Polonia. Korczak escribió en 1901, hace un siglo ya, un libro que tituló *Los chicos de la calle*, describiendo cómo vivían los hijos de los obreros desocupados de Varsovia a comienzos del siglo XX. En ese momento Korczak era estudiante de medicina, recibíéndose unos años después.

Pero en 1906 escribió otro libro, *El niño de salón*, haciendo referencia a su propia niñez, la de un chico que había nacido y se había desarrollado en un medio próspero de Varsovia. Korczak hace ahí una relación entre el niño de salón –como fue él- y el niño de la calle.

Dedicó su vida a estos chicos abandonados, huérfanos de la guerra muchos de ellos, mutilados y víctimas de la pobreza. Creó asilos para ellos, vivió con ellos en los asilos, dejó su familia, dejó la facultad, la cátedra, se alejó de toda posibilidad como médico, salvo lo que hacía en los asilos que organizó y dirigió. Tenía prestigio, era conocido, cuando se produce la invasión de Polonia por los nazis en el 39, y todos los judíos son trasladados al gueto. También el asilo que él dirigía. Korczak había sido simultáneamente durante veinte años director del asilo católico y del asilo judío. En aquel tiempo no se permitía la fusión de los asilos de católicos y judíos, y fue director de los dos por su enorme prestigio.

Un día los nazis deciden que todos chicos fuesen gaseados. Invaden el asilo, sacan a los 200 huérfanos y doce docentes embarcándolos hacia Treblinka. Le informan a Korczak que él no está obligado a viajar. Korczak dice: “Soy el maestro y debo acompañarlos”. Se hizo gasear con sus alumnos en Treblinka. Esto ocurrió en el año 1942. Korczak es un médico que trabajó contra la marginación infantil, que renunció a todas las posibilidades que le había dado el medio social de su familia, y con un rigor absoluto planteó una constante: el respeto que se debía sentir por estas criaturas.

Decía: Respeto por su ignorancia. Respeto por sus errores.

Respeto por sus mágicos no sé.

Respeto por sus fracasos.

Respetar es la única posibilidad para intentar comprender en profundidad a las personas. Y él se identificó totalmente con sus propios conceptos.

Este respeto que entendía fundamental para establecer la relación con los niños, Korczak lo expresaba en simples palabras: “No son importantes por lo que van a ser, sino por lo que son. Son importantes por lo que son, con todos sus errores, con todos sus problemas, con todas sus indecisiones. Korczak valorizaba el hoy del niño,

Expresaba que la sociedad no podría modificarse si no se superaba la dicotomía adulto mando, niño obediencia. Y de acuerdo con ese principio organizó sus instituciones. Estos conceptos fueron vertidos hacia los años 20 y alcanzaban a las odiosas relaciones que sufrían los judíos en Polonia. Korczak pugnaba por jerarquizar al niño como tal, al margen de su condición de católico o judío. “Los niños no son católicos ni judíos, son niños”, decía.

El desconocimiento que tenemos de los chicos de la calle nos alejan de poder acercarnos a ellos con la posibilidad de entenderlos, porque generalmente son sumamente ariscos, están muy distantes del mundo de los adultos que consideran hostil. Son las realidades que hoy les planteo.

Les traje textos de ellos, chicos analfabetos o casi analfabetos, a los cuales hay que tomarles su expresión oral. Son chicos llenos de vivencias. La calle les da mucha experiencia y entonces dicen cosas, cuyas palabras recogemos los adultos que trabajamos con ellos.

Una definición inicial que asumen es: **“No somos peligrosos. Estamos en peligro”**.

Y cuentan: “Nosotros somos chicos que trabajamos en la calle, tenemos historias de vida diferentes y no queremos que nos persigan, que nos discriminen, que nos maltraten, que desconfíen de nosotros, que piensen que todos somos drogadictos, que piensen que todos somos ladrones, que piensen que todo se arregla en una cárcel. No queremos que piensen que todo se arregla en una cárcel. Nosotros queremos aprender a hacer cosas, trabajar. Cuando yo vivía en familia no siempre era aceptado. Que nos respeten cuando estamos en la calle, queremos poder elegir”.

Hay una situación puntual que quiero tratar con todos ustedes, referida al hospital público, al cual asisten estos chicos y otros provenientes de historias igualmente trágicas. Una vez superado el cuadro que los lleva, generalmente vuelven a sus hogares, vuelven a la calle. Todos se reinsertan en su medio particular generalmente muy humilde. Digo, que si la falta de recursos determina cierta manera de vivir, la asistencia médica no puede convalidarla.

Un día llega un chico a una guardia y pide ser atendido. ¿En qué momento es tratado como un objeto o como un sujeto? ¿En qué momento un objeto se convierte en un sujeto? En ese momento la responsabilidad del profesional es altísima, porque no solamente debe asegurar que la atención se cumpla, sino que además ese niño, ese adolescente que llega enfermo, lastimado, golpeado, debe ser sostenido anímicamente y sensiblemente. Ese sostenimiento se debe hacer siempre al que está lastimado y herido. Es decir, que todos los recursos públicos técnicos y humanos se pueden poner a disposición de ese ser, importante en sí mismo.

Korczak tenía una expresión excepcional. Se las comento porque creo que evita palabras. Él, que había sido médico, y se formó en los principales centros de Europa, en psiquiatría y pediatría, llegó a decir: **“He leído libros interesantes. Ahora leo niños**. Los leo una vez, dos, tres, cuatro veces. No sé cuál será su futuro”.

Esta definición: “He leído libros interesantes. Ahora leo niños”, es contraponer a todo el bagaje académico que le otorgaron los espacios científicos, la relación directa con el niño, de donde va a obtener el conocimiento que él resumió con sus palabras.

“**He leído libros interesantes**”, significa reconocer toda su formación, pero “**leer niños**”, significa aprender de ellos.

Las palabras del maestro polaco son proféticas. Cuando un niño llega a una sala de guardia es un ser importante por ser niño. Creo que es fundamental la posibilidad que el médico tiene de favorecer la autoestima de estos niños, tantas veces despreciados socialmente. Pero esa posibilidad de atender al niño para favorecer su recuperación clínica debe acompañarse demostrando el máximo cariño y respeto.

Los que trabajamos en el campo social, estamos vinculados a víctimas de otro tipo, pero conocemos tanta gente castigada, tanta gente humillada, tanta gente agredida por la sociedad, a través de distintos canales y formas, que entendemos la medrosa actitud de tantos niños que envuelven su vergüenza con dolorosos silencios de estas personas en un centro asistencial médico. Cabe la gran posibilidad de los cuerpos médicos que están en los centros de salud, además de atenderlos de sostenerlos afectivamente.

Llegamos a un momento que me parece fundamental en esa relación. Cuando hablamos de niñez en riesgo, en la óptica de que el riesgo del niño es la vida, los profesionales de la salud pueden convertir sus manos, sus palabras y sus gestos, en vida misma.

Podemos alcanzar ciertos conocimientos, que difícilmente obtengamos en otro medio, en la misma calle que les ofrece a los chicos situaciones extremas.

Reitero que las palabras de los chicos: “**No somos peligrosos. Estamos en peligro**”, es una manera de acusar a la sociedad.

Las palabras de Janusz Korczak “**Leo niños**”, y la expresión de los chicos: “**Estamos en peligro**”, forman un espacio que debemos construir quienes respetamos a los niños con todas sus limitaciones, sus vicios, sus fantasías y fundamentalmente sus miedos y temores.

Gracias por compartir este encuentro.

Rubén Naranjo